



BARRIO

Con permiso de Feijóo



Sergi Sol

Cuando Ayuso sacó el látigo, tembló Génova. Casado quiso hacerla frente y se llevó el varapalo de su vida. Fue un knockout en toda regla, a lo Tyson. Fue a por él y lo mandó a la lona en un santiamén. Visto y no visto, Casado caía en el primer asalto.

La medida de la debilidad de Casado ya la evidenció Feijóo cuando en diciembre de 2021 se tomó la libertad de zumbiar a su presidente nacional en una comparecencia conjunta. ¡Le llamó al orden ante las cámaras! Se sintió ya entonces Feijóo con autoridad para leerle la cartilla a su jefe de filas. Todo un presagio de lo que iba a ocurrir y de la debilidad que proyectaba Pablo Casado para entonces, pese a que las encuestas sólo empezaban a reflejar un ligero cambio de tendencia luego de meses alcistas a partir de la victoria del ciclón Ayuso en la Asamblea de Madrid.

Fue astuto el presidente gallego ganando tiempo en julio de 2018. Rehuyó presentar su candidatura en el Congreso tras la dimisión de Mariano Rajoy. Por el contrario, las dos lugartenientes de Rajoy decidieron batirse en duelo. Estaban a la greña desde el primer día. De hecho, buena parte del desaguisado para atajar el 1 de Octubre catalán está también en su rivalidad desmedida. Andaban conspirando la una contra la otra, seguras de dar cumplimiento al «Ni urnas, ni papeletas» de Mariano Rajoy. Se miraban de reojo. Lo pagaron en el Congreso del partido tras la caída de

Rajoy luego de la fulminante moción de censura en la que ni creía la mayor parte del PSOE. Ahí se coló Casado, a río revuelto ganancia de pescadores. Luego del fiasco, que se hubieran encaramado las exministras a la Presidencia del PP hubiera sido una hazaña.

Tomó el mando Casado con su sonrisa sempiterna. Pronto frunció el ceño, pues sólo iniciar su reinado tuvo que responder por un controvertido máster que le puso en un aprieto. Controvertido debut, pésimo. Ese tipo de cuestiones mellan la credibilidad, al ser percibidas como artimañas de mezquina picaresca.

Soraya, De Cospedal y Casado, la terna que compitió, no pintan ya nada hoy. Ni en política, ni en el PP. Feijóo, en cambio, supo esperar. Eludió aquella contienda. Arrasó en Galicia de nuevo, con el PSOE en el furgón de cola ante el avance del BNG. Y secó a VOX de manera apabullante. Los de Abascal no sacaron ni para pipas. El 2 por ciento de los votos para mayor exactitud.

Galicia es la única autonomía española donde el PP gana por mayoría absoluta y anula al resto de la derecha. Eso cuenta en el haber del flamante nuevo presidente del PP que tiene la complicada misión de batir al PSOE con VOX ganando terreno encuesta tras encuesta. Entre ambos se están merendando al tercero en discordia. Aunque C's está ya casi en los huesos. Por ahí poco más van a rascar. El nuevo filón de VOX puede estar en esos barrios populares donde la izquierda barría. Eso detectan las encuestas. Por ejemplo en Catalunya. El PP recupera un pellizco de votos mientras VOX sigue subiendo. Y el PSC de Illa pierde fuele.

La horma del zapato de Feijóo es la amenaza de VOX si éstos pisan los talones al PP. Por que eso significaría que el PSOE sería a buen

seguro el partido más votado aunque no pudiera sumar. En esa encrucijada, Feijóo se vería obligado a compartir Gobierno con Abascal que ya sueña con ser vicepresidente. Por el contrario, si Feijóo venciera, podría poner a VOX en un serio aprieto si reclamara sus votos para la investidura pero los excluyera del Gobierno.

Eso contando que la derecha sume los suficientes apoyos, cuestión hoy por hoy en tela de juicio.

Feijóo tiene más empaque que Casado. No sólo no tiene másters que justificar, puede exhibir una trayectoria, gobernanza y resultados envidiables. Y con Ayuso en compás de espera, no hay quien le tosa. La derecha tiene un líder sólido, para rato. A no ser que salga noqueado en la futura confrontación con un Pedro Sánchez que ha recuperado el liderazgo en todas las encuestas a la espera de si hay o no efecto Feijóo de inmediato y con eso recuperan el ánimo y frenan el avance de VOX.

Con Feijóo no sólo el PP aspira a recuperar fortaleza y crédito a corto plazo, también paz interna con Ayuso saboreando el control absoluto del PP madrileño. Si Feijóo esperó su momento, la lideresa Ayuso deberá esperar el suyo. No se puede permitir una nueva reyerta, lo que también apunta a una armónica convivencia. Sólo que Ayuso es mucha Ayuso, nadie como ella cuenta con el fervor de las bases, es joven y tiene largo recorrido si la justicia no le depara sorpresas. Algún día una mujer presidirá España. Y no hay otra con mayor proyección que ella. Con Casado era con o sin su anuencia. Con Feijóo, con permiso y esperando turno, está claro.

Sergi Sol es periodista

Letras líquidas Desear mejor



Alejandra Clements

Con la Gran Recesión y sus despiadadas consecuencias se activaron ciertos mecanismos de desapego evidentes. Se extendió una corriente austera y espartana que defendía las bonanzas de despojarse de lo material, de reducir lo que se poseía y de aspirar a la realización a través de la sobriedad. Surgieron distintas versiones de esa renovada forma de estar en el mundo, desde las más frívolas y domésticas, al estilo Marie Kondo, hasta las más profundas y filosóficas, como la que el periodista de «The New Yorker» Kyle Chayka plasmó en su libro «Desear menos. Vivir con el minimalismo». Entre ambas, una amplia gama de fórmulas frugales y contenidas que pretendían erigirse en contrapunto a los excesos y que coincidían en la necesidad de limitar derroches, consumos y sobrecargas de estímulos, que nos inducen a girar en una alocada rueda siempre en busca de más. Aquel intento de retorno a una especie de estoicismo contemporáneo, nació vinculado a una crisis económica, pero respondía, en realidad, a otra, una existencial, más profunda, de vuelta a la esencia que, al final, no logró cuajar. Ni siquiera la pandemia y sus estragos aminoraron la vorágine vital ni los despilfarros de expectativas. Las terribles imágenes que nos llegan ahora de Mariúpol y Bucha, que conectan con horrores y vergüenzas previas y universales (Srebrenica, Grozni, Alepo), se transforman en una sacudida de realidad, una más, no como recurrente y ajada demagogia sino como evidencia de la dimensión de los valores a proteger. Y Zelenski, inmerso en su particular gira del espanto internacional, va marcando en cada país, en cada parlamento, las cicatrices propias, como si fueran los puntos de uno de esos pasatiempos que, al unirse, terminan por componer un conjunto, una imagen completa. La única que será capaz de empujarnos a eliminar superficialidades y permitirnos reconocer los principios ineludibles en un mundo tan saturado de trivialidades y distracciones: el secreto para superarlas, quizá, no sea desear menos, sino desear mejor.